

# “El Caballo y su Sombra”

Por  
Enrique Amorim

Dice de esta novela Enrique Mallea Abarca: “Bella e inolvidable fusión de la naturaleza, el animal y el hombre”.



EN una visión actual del campo uruguayo —con sus hombres de hoy, con sus problemas de hoy— enraiza Amorim su última novela EL CABALLO Y SU SOMBRA. Con una preocupación muy del día, presenta una honda y candente cuestión social: el problema del latifundio y del empuje inmigratorio de esa gente expulsada o nuida hoy de Europa; el que plantea el chocar de dos formas de vida: el de la estancia tan vieja, tan gaucha y ganadera con el avance de la agricultura y su suplantación por el chacarero y por los colonos extranjeros.

Al latifundista, al recio estanciero que es Nicolás Azara, en quien sobreviven rasgos y modalidades de un tipo que se extingue: el gaucha, le irrita esa gente de la colonia que se ha establecido junto a su estancia; esos “rusos” y “judíos” que han irrumpido en el país de golpe y que le cuelean sus animales y le cortan los alambrados. “Sólo un gobierno de

sinvergüenzas puede haberlos dejado entrar en el país y facilitarles créditos en los bancos”, dice de ellos, furioso. Y los acusa de cuatrismo y abigeato.

Los atentados contra la propiedad de Azara tienen su motivo y significación. El latifundio de Azara impide el desarrollo y el progreso de la zona, y es culpa de graves males. Se piensa que mientras no se muera su dueño, no habrá puerto ni camino ni colonia que adelante.

Este conflicto queda, en todo el transcurso de la obra, en un segundo cuando no en un tercer plano. La diestra y aguda visión de novelista de Amorim, le ha dado el estricto lugar que le corresponde: basamento, fondo, y nada más. Lo social aquí, no es, pues, lo excluyente, lo primordial. Es sólo la causa profunda que, en un momento dado, enfrenta a los seres como un grito irresistible de la tierra, de los hombres y de la época. Una de las muchas excelencias de este libro, es que su línea novelística no corra por el cauce ab-

recuerdo del lector.

Varios momentos culminantes, algunos de ellos magistrales, muestran en esta obra la garra de novelista de Amorim.

La violenta disputa de los hermanos Azara, en sus caballos, en pleno campo, en la que ese duelo fraterno que viene desde los años en que eran “gurises” estalla en odio; el tétrico encuentro del cadáver de Segundo Sánchez, rodeado de cuatro velas, muerto de tifus en su rancho y abandonado por todos, menos por su perro, y cuyo cuerpo, junto con el rancho, arde en la noche como una parva; la memorable narración de don Ramiro, ciego y viejo, cuando cuenta con su lenguaje gaucha la vez que casi se ahoga en una crecida del arroyo Viboritas y se salvó prendido a una rama de sombra de toro, donde se habían refugiado, también, arañas, escorpiones, cascarrudos, víboras y un gato montés; y esa tensión que comienza en la parte final del libro —y cuyo desarrollo constituye uno de los trozos más notables de la novelística americana— con el viaje en auto de Toribio Rossi, en la noche, bajo la lluvia, con su “bambino” enfermo de difteria que es menester llevar al pueblo para salvarlo; la creciente progresión dramática que jalonan la cortada de los alambrados de la estancia de Azara, el entierro del auto en la falsa chacra que ha mandado arar el estanciero, la muerte del “bambino” en medio del campo, la desesperación de Rossi y su marcha a paso militar hacia la estancia de Azara, y la



das en el espíritu de aquél. En ciertas ocasiones, un leve tinte poético lo colora y lo torna variado, como ocurre en la rápida descripción de la gente de la colonia, el ranchario y el boliche: “Los días parejos, repetidos, monótonos, desembocaban en el boliche, se remansaban, con la resaca de la gente en la mala “trabajando” al “fiado”.

Hay en Amorim el don de la acotación precisa y sustancial, de la exacta dosificación de la referencia al medio o al movimiento anímico del personaje. Véase esta escena, donde Bica cuenta a don Ramiro que lleva un hijo de Marcelo en sus entrañas, y en la cual no sobra ni falta nada:

cosas, el olor y la hora del campo, la húmeda o reseca presencia de la tierra. Y esta facultad expresiva del autor, hállase en esta novela como depurada; como depurada por un recorte del paisaje y de las cosas que pareciera obedecer a una motivación estética.

Tanto en la descripción de la vida de esa estancia de nuestros días como en la de las labores y cosas del campo, Amorim no insiste en el detalle ni recarga la pintura a fin de hacer resaltar lo pintoresco que pueda haber en un paisaje o en una particularidad geográfica o local. Describe el campo no como un hombre impresionado por el medio y la modalidad de sus hombres y ávido

lo excluyente, lo primordial. Es sólo la causa profunda que, en un momento dado, enfrenta a los seres como un grito irresistible de la tierra, de los hombres y de la época. Una de las muchas excelencias de este libro, es que su línea novelística no corra por el cauce absorbente de ese problema, y se escamotee la novela propiamente dicha, como ocurre tantas veces. Porque lo que inmediatamente impresiona e interesa en **EL CABALLO Y SU SOMBRA** son los personajes poderosos y la viva presencia del medio rural en que se desarrolló la novela. Personajes y medio físico. Estas dos fases de la obra ocupan alternativamente el primer plano de la narración, operando el prodigio de darnos el hermoso y significativo fruto que es esta novela singular y recia de Amorim.

Es que uno de las facultades más acusadas de este autor — evidentemente ya en sus anteriores libros — es saber infundir a sus personajes una potente vida. En **EL CABALLO Y SU SOMBRA** la maestría en la creación y el dibujo de los seres se acentúa. Siente el lector la presencia de ellos; los ve actuar en las páginas del libro volcados íntegramente con una personalidad palpitante, llena de verdad.

Viviente creación es Adelita, la esposa del estanciero Azara, mujer culta, delicada, "que también trata de "tú" a los utensilios de la mesa"; viviente creación es Nicolás Azara, espíritu simple, con su fortaleza gaucha, desafiante, provocadora" y que muere pidiendo que no le hagan nada a su matador; viviente creación es Marcelo, su hermano, mozo pueblera a quien le aburre el campo y que en la capital se dedica al contrabando de judíos; viviente creación es Toribio Rossi, el chacarero piemontés, ex-combatiente del 14, bajo cuyo puñal cae Azara. Y figuras de sangre, vigorosas son, también, Bica, la muchacha gaucha, de carácter bravío, alma sólidamente prendida a la tierra y Micaela, la madre de los Azara, que se pasa contando y midiendo las cosas de la mañana a la noche, y que duerme entre frazadas para ahorrar el lavado de las sábanas.

De esta contraposición de caracteres saca buen partido Amorim. En los tramos de su novela en que la tensión decrece después de los choques que en ella ocurren, queda vibrando, callada y subterráneamente, la fricción de esos destinos y encontrados como preparando el próximo estallido. El interés novelístico es, pues, valor constante en **EL CABALLO Y SU SOMBRA**.

Y no sólo destacado relieve muestran los personajes de primer plano. Los secundarios — secundarios en relación con su mayor o menor presencia en el desarrollo de la obra — están todos igualmente penchados de vida. Don Ramiro, Saturnino Chañar, el peón Duvineoso, el pocero Hoffmann, don Prudencio, el muchacho Juan, el de las barajas, están fijados con un rasgo significativo y esencial que se prende en el



culminación de este capítulo en el encuentro, en la madrugada, de aquél con el latifundista, en el duelo criollo y en la muerte de Azara.

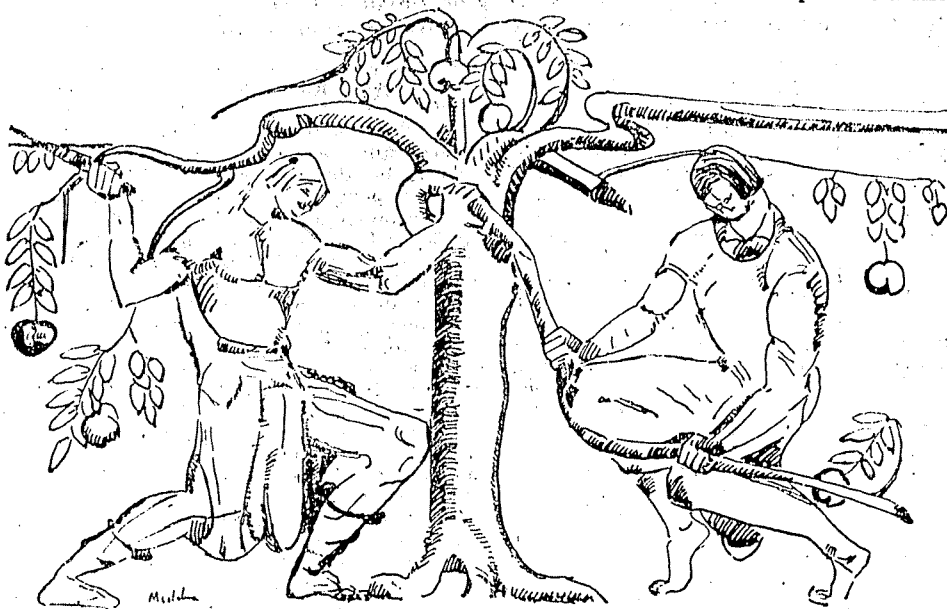
Toda esta obra de Amorim está expresada en un estilo ágil, lineal, de cortas frases, ceñido al tema, libre de las espesas frondosidades del buceo psicológico, y con el cual el autor entra en materia rápida y directamente. Estilo sustancialmente objetivo, no lo tiñe una postura personal del autor ante la propia obra. El lector ve las cosas que se le presentan directamente y no espeja-

anímico del personaje. Véase esta escena, donde Bica cuenta a don Ramiro que lleva un hijo de Marcelo en sus entrañas, y en la cual no sobra ni falta nada:

—Ando de dos meses... Se oyó el chisporroteo de unas llamitas verdes, y después el agua, borboteando en "la pava". La noche, chúcará, afuera, y el silencio doblando los yuyos, al pasar. —Ya me lo parecía... —comentó el ciego—. Y... perdoname por mal pensau.

—No hay pa qué... Y volvieron a quedar en silencio los tres: Bica, don Ramiro y el fuego".

Ya en **LA CARRETA** y en **EL PAISANO AGUILAR**, mostró el autor la honda resonancia que provoca en su espíritu el medio rural en que se desarrollan sus obras, y la maestría que lo singulariza entre los escritores rioplatenses para vestirlo literariamente. Lo mismo que en aquéllas, la pintura del medio físico es en **EL CABALLO Y SU SOMBRA**, elemento primordial. Con tanta plenitud de vida, con tal aliento cálido y palpitante está expresado el ambiente, que diríase que se sintiera la presencia física de las



paisaje o en una partición geográfica o local. Describe el campo no como un hombre impresionado por el medio y la modalidad de sus hombres, y ávido de valorizar estos materiales, sino como un individuo para quien las cosas del ambiente se dan, y se ven naturalmente (un estado de ánimo de Marcelo Azara le sirve para mostrar todo el paisaje que rodea a la estancia "El palenque" y la transformación operada en él a través de sus recuerdos de infancia), y que, llevadas ya al plano de la creación, aparecen siempre como constanciales de la obra realizada.

Otro detalle que distingue al autor: la pintura de los animales en sus novelas, llenas de color y de cariño. En **EL CABALLO Y SU SOMBRA** impresionan el magnífico retrato del padrillo "Don Juan" y el pasaje del accidente y de la muerte en el primer aborto del amanecer de la yegua "Marinera".

Las anteriores consideraciones no agotan los diversos aspectos que ofrece esta novela. Hay en ella frases como ésta: "El invierno arrojó a la gente para el interior de las casas", que tienen la virtud de encerrar en una bella sugestión poética todo un momento y el aspecto de la vida del campo; hay ese instante en que Marcelo, al escasear la luz, siente que el campo le inunda el alma; "Esta es una hora de prueba, Marcelo, —le dice su cuñada—, si la sportas o si gozas con esta tranquilidad, habrás vencido la terrible soledad del campo"; hay esa descripción de un crepúsculo que parece la obra de un pintor y de un poeta por la fina y honda manera de captar la luz, la coloración y la vida precisa de las cosas en ese instante. Cierra el libro un epílogo en el cual se nos muestra la aparición de una yegua en la alta noche, en el campo, bajo un cielo estrellado y a Bica, que amamanta a su hijo, y a dos peones que presencian el nacimiento de un potrillo; el hijo de "Don Juan". Bella e inolvidable fusión de la naturaleza, el animal y el hombre.

ENRIQUE MALLEA ABARCA